

EL COMERCIO

REVISTA CIENTÍFICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA.

REGALO A LOS SUSCRITORES.

PRECIO EN VENTA 0'20 DE PTA.

SUMARIO.

TEXTO.—Amor y fatalidad, leyenda caballerescas por A. E. de E. y S. (continuación).—Venturiela, por D. J. Ortega Murilla.—A una compañera de viaje, por Estelrich.

GRABADOS.—Vista de la prolongación del puerto de Palma, por D. M. Mestre.

AMOR Y FATALIDAD.

LEYENDA CABALLERESCA.

(CONTINUACION.)



UESTROS blasones en perteneciéndome, equilibrarán con los míos, pero os digo que nunca me llamaré el esposo de vuestra hija sin su consentimiento.

—Dudo que Florinda oponga el más mínimo obstáculo.

—¡Oh! ¡sería mi felicidad!... ¡Cuán dichoso sería!

Roberto se había sentado frente á don Beltran, ambos callaron por largo tiempo.

—¿Estuvisteis en el torneo últimamente celebrado en la córte?

—Sí, estuvo brillantísimo, todas las damas, todo cuanto rico y noble tiene la córte, todo se encontraba en él.

—Contadme, contadme, mi sangre se rejuvenece al oír los lances guerreros de esas fiestas, yo también he ganado premios en ellos, y he experimentado la embriaguez de los triunfos.

—Voy á contároslos, y perdonad que me ocupe exclusivamente de mí; perdonad mi orgullo y mi egoísmo.

—Sé cuán modesto sois, pero sé también que

el héroe debe ocupar el primer lugar de todo cuadro, y en el que me haceis, supongo fuísteis.

—Tan bueno y valiente caballero como yo hubo, la suerte se empeñó en protegerme, he aquí la diferencia que entre ellos y yo media. Un combate se había empeñado entre cuatro caballeros, de los que componía yo parte; mi compañero de armas no llevaba ni divisa ni blasones, pero hacia prodigios de valor. Había logrado yo vencer ya á mi adversario, cuando el hacha que éste empuñaba, escapada de su brazo, asustó el caballo del caballero incógnito, que huyó sin que le pudiera contener. Repentinamente su antagonista se arrojó sobre mí, y después de una encarnizada lucha los heraldos me proclamaban vencedor. Cuando mi vista buscó al desconocido ya no lo encontraron mis ojos.

—¿Y qué sucedió después? preguntó don Beltran distraído.

—Solo pensaba en depositar mis laureles á los pies de mi amada, y abandoné en su consecuencia la ciudad en medio de mil felicitaciones, sin pensar ya más en el caballero sin mote y divisa... iba pensando en mi felicidad, creía tener algún derecho á ser egoísta; mi escudo estaba en armonía con mis pensamientos, llevaba grabado en él una corona de mirto con las iniciales V. F. entrelazadas.

—Una V. y una F., ¿acaso valor y Florinda, no es esto? preguntó el anciano.

—No, querían decir victoria y felicidad unidas, ¿veis que presuntuoso soy?

—Mas bien creo que era vuestra historia en dos palabras.

—Escuchad. Largo rato hacia que caminaba pensando en Florinda; la noche se venía encima, cuando al pasar por una encrucijada varios hombres de armas se arrojan sobre mí con las espadas desnudas, cercándome por todas partes. Hícele frente sin que su número me acobardase;

ya mi muerte era segura, estaba rendido, mi armadura abollada, el escudo traspasado, la F había desaparecido de él, y no sé que hubiera sido de mí si un caballero, saliendo del bosque, no se hubiera puesto á esgrimir á mi lado; á su ayuda los que acometían pararon sus golpes; parecía que tomaban fuerzas para empezar de nuevo el combate; pero una palabra de mi desconocido bastó para que aquellos se retiraran. Su docilidad no dejó de estrañarme.

—Quizás serian satélites suyos. Tal vez gentes de algun capitán aventurero.

—Eso mismo sospechaba: juzgad de mi sorpresa cuando al volverme á darle las gracias por su socorro, me encontré con el caballero del torneo.—¿Quién sois? decidmelo, caballero, para honrarme con vuestra amistad, le dije.—Tened la bondad de descansar en mi cabaña, me respondió, noble vencedor; satisfaré vuestras preguntas y podreis reponer vuestro caballo. Mi noble corcel habia perecido en la refriega. Pocos instantes me detuve, á pesar de sus instancias, en su compañía; cambié de caballo y nos retiramos los mejores amigos; díjele mi posición y el objeto de mi venida; correspondióme él de la misma manera, sabiendo que el incógnito del torneo, mi salvador y amigo, se llamaba.....

—Su nombre, interrumpió impaciente don Beltran.

—Luis de Richemont, contestó el caballero.

—¡Cómo!... Luis de... preguntó pálido don Beltran.

—Richemont, repitió Roberto.

—Luis de Richemont... Richemont, repetía el anciano, en cuyo semblante se pintaba la cólera y el terror. ¿Será posible?

—¿Le conocéis, don Beltran? pues priva mucho con el rey.

—He oido hablar de él, pero no le conozco; ¿y es favorito del rey? ¿Y cómo no vive en la córte?

—Nada de particular tiene su soledad; ha pedido permiso del rey para retirarse de su córte algun tiempo.

—Sus motivos tendrá... y los sabré, repuso con acento reconcentrado. Aquí él... ¿Habrá llegado la hora de la espaciación? añadió en voz baja y humilde.

VI.

UNA ENTREVISTA FATAL.

La llegada de Ferran anunciada á Florinda, hizo variar completamente la posición del barón y de Acuña.

La hija de don Beltran se presentó radiante de hermosura; sus gracias realzadas por la elegancia, riqueza y buen gusto de su traje; llevaba un vestido de torciopelo azul bordado de oro, su cabeza iba graciosamente cubierta con una toquilla trasparente rizada, y con lágrimas de plata; sus cabellos peinados en pequeñas trenzas, caían á un lado y otro de sus pálidas mejillas. Nuestras conocidas doña Gervasia y Ponciana la seguian con multitud de pagecillos y criados, los que á una señal de don Beltran dejaron libre la estancia de su presencia, dejando en entera libertad á sus amos para que entre sí discurrieran lo que les placiera.

Don Beltran, dueño ya enteramente de sí, se preparaba para la escena que debia seguir, en tanto que Roberto, enamorado como sabemos, no se atrevia ni á moverse, creyendo que tenia ante él una de esas deliciosas y fantásticas figuras que entrevemos en sueños, y que desaparecen apenas abrimos los ojos á la luz de la realidad; pero convencido al fin que por esta vez no soñaba, con voz trémula y apasionado acento dijo á la hermosa:

—Feliz es este dia para mí, pues tengo la inefable dicha de contemplar á la hermosura sin igual, á la incomparable Florinda.

—No sin razón, caballero, gozais fama de galante, respondió ella.

—Si galantería es pintar groseramente lo que mis ojos ven, no negaré esa fama de galán que disfruto.

—Exagerais un tanto, ¿qué mucho si venís de la córte?

—¡Ah Florinda! la córte no encierra sino damas, que comparadas con vos... ¡qué digo, comparadas!... ¿puede acaso existir comparación entre ellas y la hermosa castellana?... ¡Dichoso mil veces el que se llame vuestro esclavo!

—¡Cómo! interrumpió el anciano, que paseaba en el salón, ¿no venís á ser esposo de Florinda?

—Lo seré, repuso con firmeza Roberto, si doña Florinda no se opusiera á ello; si al contrario lo rehusase, Roberto de Acuña se conceptuará dichoso en acatar el primero su voluntad: esta última parte díjola con voz débil é insegura.

—Mi hija os hará conocer sus intenciones en este punto, replicó don Beltran mirando fijamente á Florinda como imponiéndola su voluntad.

La jóven, que merced á una poderosa fuerza de voluntad habia dominado los sucesos hasta entónces, se creyó salvada por las palabras del

caballero, la mirada de su padre la volvió á colocar otra vez en su actual posicion, y vacilando de nuevo, se cerró su boca, que se había abierto ya para hablar.

—Es decir, ¿consentiría en ser mi esposa? ¿No sería á sus ojos indiferente?

—Indiferente no puede ser... quién... tendrá derecho... para llevarme al altar, dijo chocando sus dientes y balbuceando la jóven.

—¡Derecho! exclamó amargamente Roberto.

—Derecho que le dan sobre mi corazon... sus nobles prendas.

—No puedo casi creerlo... perdonad... tanta dicha es casi imposible. Repetidme vuestras palabras otra vez, ¡por favor!

—Creedlo, Roberto, creedlo... soy yo tambien muy feliz en este momento. Florinda será la esposa de Roberto, dijo vacilando y mirando con sus hermosos ojos al cielo, como dictada por la sombría y feroz mirada de su padre, que de ella no las habia apartado desde el principio de su conversacion con el caballero.

—Gracias, gracias, ¿qué he hecho, Dios mio, para tanto merecer? Qué buena sois, Florinda, os amo con... exclamó Roberto apasionadamente, cayendo á los piés de la hermosa, y sin poder acabar su frase, ahogado por la emosion que experimentaba.

El baron volvia desde un extremo de la habitacion, á donde estaba el interesante grupo de los dos jóvenes.

—¡Ah! al fin os entendisteis, gracias á Dios, tiempo era. Roberto de Acuña, ¿consentís ahora en ser esposo de Florinda? Hija mia, ¿consentís en este enlace, no es verdad?

—Si, si, contestó el jóven.

—Si, respondió Florinda.

Los *sies* de él fueron un grito de júbilo. El sí de un enamorado que vé correspondidos sus amores.

El *si* de ella fué débil, desgarrador, delirante, el sí de la desesperacion.

Roberto creyó su emosion efecto del pudor.

La jóven, no pudiendo ya sostenerse en pié, cayó de rodillas murmurando entre dientes una plegaria. ¿Rezaba ó maldecía? Don Beltran se apresuró á levantarla sin poderlo conseguir, y con voz solemne continuó:

—Vuestras voluntades son unas, hágase vuestra felicidad, en la que tambien á vuestro padre le toca una parte. Dentro de tres dias se efectuará el matrimonio en la capilla de nuestra mansion. Disponeos, hijos mios, para la ceremonia.

El valor, la fuerza de voluntad, la energía, la obediencia, abandonaron á la bella, su tez se puso densamente pálida, sus ojos vagaban en el espacio; llevóse sus crispadas manos á su cabeza, pareciéndole que iba á estallar; su boca se contrajo horriblemente, pasó un caos en su interior, é inclinándose hácia atrás hubiera rodado en el pavimento sin el caballero, que asustado por los síntomas anteriores voló en su socorro, deteniendo en su caída á Florinda en sus brazos.

Don Beltran, al ver el cuerpo contraido y las violentas convulsiones que la agitaban, se arrepintió de su dureza anterior (tardío arrepentimiento, por cierto, de su egoismo y dureza), y vertiendo lágrimas dolorosas arrodillóse ante el cuerpo inanimado de su hija, cogiendo una de sus manos, besándolas con delirio y gritando:

—¡Florinda mia de mi alma! ¡Hija mia!

¡Era padre!

Los sirvientes, escuderos, dueñas, pages, acudieron á los gritos, y enterándose de lo ocurrido, prestaron sus servicios á su desgraciada ama.

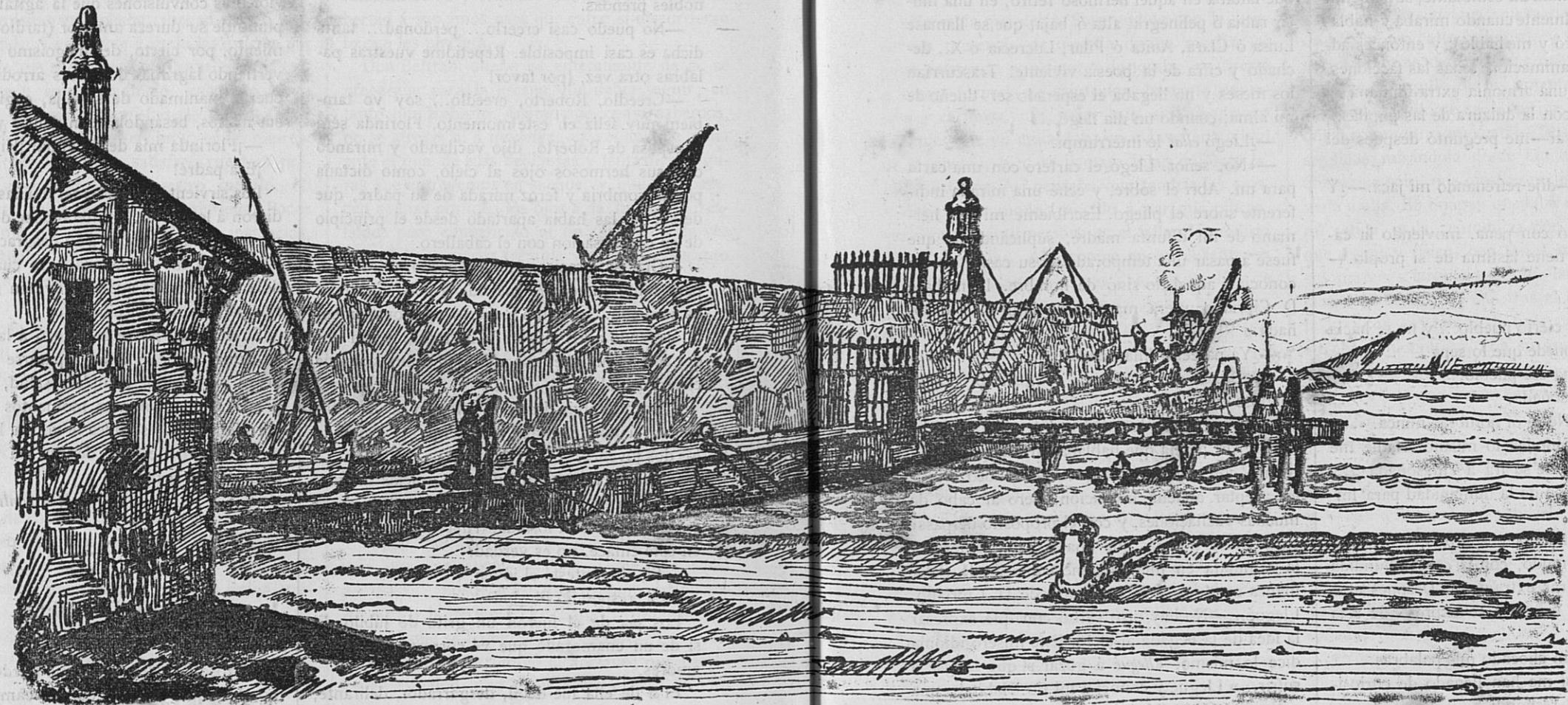
Florinda fué trasladada á su cuarto, aplicándola los remedios que se creyeron mas á propósito para su restablecimiento.

Su desolado padre se colocó á la cabecera de su cama, resuelto á no separarse de ella hasta ver á su hija en completa salud, ó resuelto á presenciar sus últimos momentos en caso que pereciera. Pero esta idea le volvia loco; y si ella moria, seguro estaba de que su existencia no se prolongaria mucho.

(Se continuará.)

VENTURIELA.

Astroso y malparado como Cardenio iba aquel hombre que, delante de mí, caminaba al paso castellano de su caballo peludo y enteco, del cual podia decirse lo que del caballo de Gonela, que *tantum pelis et osa juit*. Nada mas extraño que su rota vestimenta. Traia gaban largo raído y desfilachado, cuyo forro salia á luz por diversas roturas del paño; pantalon comido por los tobillos, y unas chinelas viejas en los piés, con los que espoleaba ansiosamente á la cabalgadura. ¡Inútil espoleo! El venerable cuartago no dejaba su paso sinó para tomar un trotecillo saltón, aún mas lento que la andadura. Era un conjunto pintoresco el que ofrecian aquel ginete deseoso de



VISTA DE LAS OBRAS DE PROLONGACION DEL PUERTO DE PALMA.

(Tomada del natural por D. M. Mestre.)

correr y aquel caballo deseoso de dar con sus huesos en la fosa, anhelado descanso del cruel matalotaje de su vida. Pudiera decirse que representaban á la actividad cabalgando en la inercia.

Cuando emparejé con el desarrapado caballero. pude ver su rostro, que era profundamente simpático y lleno de atractivo. La tez morena, la barba negrísima y rizada, los ojos pardos y luminosos, el cabello muy oscuro y descuidado de peine y tijera, y no sé qué sombra de tristeza que le rodeaba, componian un semblante, si nó bello, agradable, especialmente cuando miraba y hablaba (pues él me miró y me habló); y entónces adquirian poderosa animacion todas las facciones, combinándose en una armonía extra-humana la dulzura de la voz con la dulzura de las pupilas.

—¿A dónde se vá?—me preguntó despues del saludo.

—A Nidonegro—dije refrenando mi jaca.—¿Y usted?

—¡Yo!—exclamó con pena, moviendo la cabeza, como quien tiene lástima de sí propio.— ¡Si no lo sé!

—¡Singular viaje!

—Voy buscando cierto pueblo... y no sé hácia dónde cae. Usted puede que lo sepa.

—¿Cómo se llama ese pueblo?

—Se llama Villasoñada.

—¡Villasoñada! No le oí nombrar nunca.

—Todos me responden lo mismo. Nadie me quiere decir por dónde se irá á Villasoñada. ¿Es esto una conspiracion de la humanidad para impedir mi dicha?

Así dijo, entre suspiros y sollozos, y luego se quedó pensativo y mudo, con la cabeza hundida en el pecho y el mirar extraviado. Despues alzó la noble y ceñuda frente y se expresó de esta manera:

—A Vd. le habrán chocado mis palabras.

—Confieso que sí me han llenado de curiosidad y confusiones—respondí.

—Pues no es maravilla, que á todo el mundo le pasa lo propio. La misma ruta llevamos, y á fé á fé que debe faltar no poco para llegar al primer pueblo en que descansemos, pues en esta gran llanura que desde aquí diviso no se columbra casa ni choza ni otro signo de existencia social... Así, pues, entretendremos el aburrimiento del camino con mi historia, que es interesante.

Prometí oírle con atencion, y, ávido de sus palabras, le supliqué comenzara; él lo hizo de esta suerte:

—«Yo, señor, era estudiante de leyes, un verdadero estudiante, porque no estudiaba letra, ni iba á clase, y me curaba de Triboniano y de las Pandectas lo mismo que del primer cigarro que fumé. Vivía en Salamanca en una casa viejísima, medio gótica, medio árabe, ocupando un cuarto cuya ventana, de hermosa ojiva, daba á un abandonado patio, donde crecían, con abundancia paradisíaca, mil plantas olorosas, algunas higuerras bravías é innumerable hueste de zarzales. Allí me pasaba yo las horas muertas, soñando con lo que faltaba en aquel hermoso retiro; en una mujer rubia ó pelinegra, alta ó baja, que se llamase Luisa ó Clara, Anita ó Pilar, Lucrecia ó X., dechado y cifra de la poesía viviente! Trascurrían los meses y no llegaba el esperado ser, dueño de mi alma; cuando un dia llegó...»

—¿Llegó *ella*? le interrumpí.

—«No, señor. Llegó el cartero con una carta para mí. Abrí el sobre, y eché una mirada indiferente sobre el pliego. Escribíame mi tío, hermano de mi difunta madre, suplicándome que fuese á pasar una temporada en su casa. Yo no conocía á aquel tío sinó de nombre. Llamábase D. Cipriano, y era maestro de latin en Villasoñada.»

—¿Ya pareció Villasoñada?

—«¿Dónde está?—dijo mi compañero enderezándose en la silla.»

—En su cuento de usted.

—«¡Ah! ¡Creía que hablaba Vd. del pueblo!—repuso con amargo desaliento.—Dudoso estuve en aceptar aquella invitacion; pero al cabo de muchas vacilaciones, y con el propósito de pasar en tal aldea no más que una semana, emprendí la caminata en una diligencia que desde Salamanca conducía á la residencia de D. Cipriano. Llegué...—No hay otro verbo con que expresar la idea de la llegada al cielo. Este misero idioma dice lo mismo: «*llegué á gozar*,» que «*llegué á sufrir*...» Llegué y conocí á mi tío. Habitaba una casa pequeñita, blanca, con persianas verdes, rodeada de un grandísimo jardin en el que habia más de 400.000 pájaros. Hallábase D. Cipriano en su despacho, y así que me vió alzóse de la butaca que le soportaba y vino hácia mí con los brazos abiertos. Al mismo tiempo gritó:

—»¡Venturiela! Ven, que está aquí el primo Andrés.

»Senti detrás de mí unos pasos leves, y un grito de sorpresa, que me pareció de timbre celestial. Volvíme y vi á una criatura como de diez y ocho años, alta, esbeltísima y delgada sin ser

flaca. Sutil era su talle, ovalado é intensamente pálido su rostro, verdes sus ojos como los de *Pepita Jimenez* y castaño su cabello, puesto en trenzado rodete, que abrumaba la preciosa cabecita con su peso, como una corona de hermosura y juventud,

—»Aquí está tu primo—dijo mi tío presentándome á Venturiela.

—»Bien venido—murmuró ella bajando los ojos.

—»Señorita..... Prima..... Venturiela—exclamé yo.

»No sabia qué decir. Sorprendido con la inesperada presencia de aquella divina muchacha, cuya existencia y primazgo ignoraba, no acerté á buscar fórmula de salutacion, bastante expresiva y cariñosa... Sí, señor mio, si; aquella era la mujer que yo aguardaba en mi ventana ojival de la ciudad, bien se llamase Pilar ó Lucrecia, Luisa ó Clara. Así pensaba que tendria los ojos, y del mismo modo, sencillo á par que pulcro, vestí yo su gentil persona en el taller de modista de mi fantasía... Alojaronme en un cuartito en que todo era blanco; las paredes, los muebles de madera sin pintar, las ropas del lecho, las colgaduras de la ventana. El sol entraba hasta besar la almohada del lecho, y las aves del jardin venian al alfeizar de un balconcillo á robar ¡socialistas! los cañamones del canario de Venturiela.

—»Este es el cuarto de Venturiela—me dijo don Cipriano sonriendo.

»No sé como pude contener esta respuesta:—«¡Eso ya lo sabia yo! ¿De quién sinó de esa celestial Venturiela puede ser este lecho, que exhala aroma de violetas, y esta estampita de la Virgen de la Concepcion, que es su retrato, y este tocador tan modesto y hechicero?» Pero mientras pensaba esto, dijeron mis lábios:

—»No consentiré en arrojar á mi prima de su cuartito. Alójeseme en cualquier parte, pero no aquí. Eso seria profanar un santuario.

»Dióme gracias ella con una mirada por mi galantería, y abriéronse en su ebúrneo palmito las rosas del pudor... ¡Ay! Señor mio, ¡qué desgraciado soy! ¡Por qué me conserva Dios la vida despues de tanta desventura! ¡Por qué no me mata, ó me dá valor para que yo mismo me mate!»

Andrés, enardecido con el relato de su historia, habia soltado las riendas del caballo, el cual se aprovechaba de la libertad para mordisquear las espigas que á un lado y otro del sendero salian á insultar su hambre con sus cabecitas de oro.

Caballero y bridon no representaban ya á la actividad y á la inercia. Debajo de ellos hubiera podido grabar un escultor esta leyenda: «*La poesia cabalgando en el hambre.*»

—«No pienso molestar á Vd. relatándole prolijamente mis amores con Venturiela... Porque Venturiela me amó, me amó muchísimo... De noche era cuando nos veíamos en la sala. Don Cipriano leía cerca de su mesa á Virgilio y algun periódico. Nosotros hablabámos en la ventana, el uno junto al otro, sin tener alma para mas que para mirarnos de hito en hito. Era mi novia tan seria en sus afectos, que nuestra pasion parecia algo como culto religioso, y se delataba mas por el perfume de las almas que por esos actos con que el orgullo de los amantes suele revelar al mundo el hilo de oro que une sus espíritus en dulce coyunda. Como estaba tres y cuatro horas seguidas mirándola desde tan cerca, luego, al quedarme sólo, mis ojos no podian ver nada sin verla á ella. Su imágen quedaba estereotipada en mi retina, y la reproducia por un efecto, creo que moral y físico, con todos sus detalles, con sus pestañas larguísimas, tan largas, que parecian enredarse unas en otras al mariposear ante la luz, con sus lábios de tinte de amapola, con su color quebradito, con su seno poco exhuberante, pero gallardísimamente colocado entre una garganta que era un fuste de columna y una cintura que parecia un tronco de olivo.

»Dos meses pasé en Villasoñada, y llegado que fué junio, mi tío me llamó un dia á su despacho para decirme:

—»Sé que amas á Venturiela, y sé que ella te quiere tambien. Esto me llena de alegría. Os casareis... pero es preciso que concluyas tu carrera... Estamos en junio, el mes de los exámenes. Vete á Salamanca, examínate y vuelve á Villasoñada.

»Prometí hacerlo y lo hice. Despedíme de Venturiela al anochecer de un dia nublado y caliginoso. Ella no lloró, porque en la serena region sublime de su alma no cabia la idea de que yo pudiese olvidarla, dando al traste con mis juramentos... Llegué á Salamanca, pasé ocho dias estudiando, si es estudio el devorar los libros con la inteligencia y apoderarse de sus ideas como se apodera uno facineroso del dinero ageno, haciendo acopio en una hora de lo que cien generaciones capitalizaron afanosamente; me examiné, me aprobaron y me dispuse á regresar á Villasoñada, á cuyo efecto enderecé mis pasos á la administracion de la diligencia que hacia el

servicio entre Salamanca y la aldea de D. Cipriano. No recordaba bien en qué calle estaba, y así hube de preguntar á varios por ella. Ninguno me sabia contestar.

—»Villasoñada? me decian.—¡No conozco ese pueblo!

»Al principio no me extrañó que hubiese en Salamanca gente que no conociese á Villasoñada; pero cuando pregunté á doce ó catorce personas con el mismo negativo resultado, empecé á alarmarme.

»Fuí á la estafeta de correos, y un viejo empleado á quien dirijí mi interrogacion, me contestó, mirándome de arriba á bajo:

—»Tiene Vd. gana de broma? ¡Villasoñada! No hay tal pueblo en el mundo.

—»¿Cómo que nó, si he pasado yo dos meses en él?

—»¿Está Vd. riéndose de mí? Cuarenta años llevo sirviendo en correos; he viajado por toda España, y le aseguro á Vd. que no hay pueblo, aldea, lugar ni caserío que no conozca, de nombre al ménos. Pues bien: Villasoñada no existe.

»Llenéme de congoja. Las ideas daban vueltas en mi cerebro como soles encendidos de una pirotecnia, y el rostro de Venturiela y el de D. Cipriano aparecían y desaparecían en aquel tumultuoso oleaje de mis dudas.

»¡Señor! ¿Qué me sucedió á mí? ¿Qué horrible y maravilloso acontecimiento era aquel? No sólo no acertaba á explicármelo, sino que ni áun sabia dar forma á mis preguntas ni á mi asombro... Cansado de recibir respuestas, negativas y burlas, me determiné á buscar yo mismo el pueblo, y aquí me tiene Vd. que, nuevo D. Quijote, voy, no en busca de aventuras, sino en la de mi idolatrada Venturiela, de Venturiela que me aguarda, de la que me está reservada para esposa, de la que es para todos, ménos para mí, «fuente sellada y campo cerrado.»

Cuando acabó su historia el caminante y se quitó el sombrero de paja que cubría su cabeza para secar el sudor que saltaba de su frente, como rezuma perlas de agua una vasija de barro, no pude ménos de mirarle con pasmo y estupefaccion, hasta que vino á sacarme de ella el ruido de una campana que nos saludaba anunciándonos la vecindad de un pueblo.

—Ya vamos á llegar—dijo Andrés.—¡Este tampoco es Villasoñada!

En esto llegaron á nosotros dos guardias civiles que, á buen paso, jadeantes y cubiertos de polvo, venian en direccion contraria á la nues-

tra. Detuviéronse al vernos, y dirigiéndose al desastrado viajero, dijo uno de ellos.

—Este es el que buscamos.

—Deténganse Vds.—añadió el otro guardia civil.

—No—repuso su compañero señalándome.—Vd. puede seguir su camino; este es el que nos llevamos.

—¿A mí?—preguntó con susto Andrés.

—Sí, á tí—replicó uno de los guardias.

Y sin mas miramientos apeáronle del caballo y le maniataron bonitamente.

—Sepa Vd., caballero—me dijo un guardia—que este desdichado es un loco que se ha escapado esta mañana del hospital de Salamanca.

Profunda tristeza me causó la desgracia de aquel pobre jóven, y no queriendo ser testigo de ella por mas tiempo, piqué espuelas á mi caballo y partí al trote.

Allí se quedó él sin ventura, gritando á voz en cuello:

—¡Venturiela, Venturiela! Espérame, que yo he de ir á buscarte.

J. ORTEGA MUNILLA.

A UNA COMPAÑERA DE VIAJE.

En los ojos azules
soñé de niño
porque de azul se pintan
cielos amigos,
cielos amigos
donde el amor más puro
tiene su asilo.

En los ojos azules
soñé más tarde
porque de azul se pintan
los hondos mares,
los hondos mares
cuya frente alborotan
las tempestades.

Entre un mar tempestuoso,
y un cielo amigo,
ví tus ojos azules
en mi camino.
En mi camino
¿por qué ojitos azules
os habré visto?

A bordo-1877.

ESTELRICH.

PALMA.—IMPRESA DE M. ROCA.